

que se emplea acreditará á todos de buenos y de fieles siervos? ¿es posible que el mundo no se llevará los réditos de todos esos bienes? ¿es posible que no trabajará por el mundo con preferencia al fin que todos nos debemos proponer en la negociacion con los talentos? ¿qué cuenta se dará á Dios de esas bellas prendas de alma, empleadas, ó por mejor decir, perdidas y malogradas en puras bagatelas? ¿de esas hermosas prendas del cuerpo, que quizá solo sirvieron á la perdicion del alma? ¿de esas riquezas consagradas á la profanidad, al fausto, al orgullo y al regalo? ¿de esa salud tan mal aprovechada? Pues qué, ¿solo te habia hecho Dios grande, noble y rico, para facilitarte los medios de desagradarle y de ofenderle con mayor libertad? ¿y esas nobles prendas de corazon y de alma, ese entendimiento despejado, ese espíritu vivo y penetrante, ese genio superior, esa brillantez, solo te la concedió el Señor para que fueses mas fiero, mas ambicioso, mas soberbio, y acaso tambien mas peligroso enemigo de Dios, valiéndote quizá de tu mismo ingenio para hacer que triunfe el vicio, para escusar la disolucion, para propagar el espíritu del mundo, y puede ser que tambien para derramar y sostener el error? Dime, ¿esas ricas galas, esos trofeos de la mas altanera vanidad, todas esas locas profusiones en espléndidos banquetes, en soberbios muebles, en magníficos equipajes; ese juego tan desbaratado en que muchas veces se pierde en una sola noche la renta de todo un año; esos dispendios, esos gastos, aun mucho mas vergonzosos é indecentes; dime, repito otra vez, sería todo esto el fin que Dios se propuso cuando te dió mas bienes que á los otros? Una de dos, ó has de decir que nada de eso se lo debes á Dios, lo que sería una impiedad, una horrible blasfemia, ó has de confesar que tienes que dar á Dios una terrible cuenta de todos los beneficios espirituales y corporales que has recibido de su mano.

Mi Dios, confieso que cuanto tengo lo he recibido de vos, y declaro que nada quiero tener que no sea dirigido á vuestra mayor gloria. Gimo, Señor, cuando considero lo mal que he usado de todo: *Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi*. Tened todavía un poco de paciencia conmigo, que yo os restituiré todo lo que os debo.

JACULATORIAS. — Dadme, Señor, un poco mas de tiempo, que yo os prometo no emplear de aquí adelante los talentos que me habeis dado, sino en serviros mas y mas con ellos. (*Matth. 18.*)

Bien sé, Dios mio, que todo lo habeis criado para vuestra mayor gloria; y así de hoy mas este será el único fin de todas mis acciones. (*Prov. 16.*)

PROPOSITOS.

1 Todo lo hemos recibido de la liberal mano de Dios; no hay bien ni talento que no sea don de su bondad; de ella esperamos todo cuanto puede lisonjear nuestros deseos. Nosotros no somos mas que administradores, ó á lo sumo unos como mayordomos de este soberano dueño: sabemos que le hemos de dar menuda cuenta de todo lo que nos ha entregado; y en medio de eso, ¿quién piensa en esta cuenta que ha de dar? Usase de los talentos y bienes recibidos como si fueran frutos propios nuestros. Las pasiones, la concupiscencia, los pasatiempos, el interés, el amor propio; á esto se dirige, por lo comun, el uso que hacemos de todos estos bienes. ¿Cuando se ha visto desórden mas universal ni mas extraño? ¿no te remuerde cosa alguna la conciencia en este punto? Examina hoy en qué has empleado hasta ahora tus bienes y tus talentos. ¿No se mezcló nunca en este empleo la vanidad, la ambicion ni la inclinacion á los pasatiempos? No creas que esta doctrina es un mero consejo de perfeccion; es precepto formal y positivo que habla con todos, y á todos los estrecha con la mayor obligacion. ¡Cuanto te sorprenderás, cuanto te espantarás, cual será tu asombro cuando en el último momento de la vida te pida el soberano Dueño estrecha cuenta de todo lo que recibiste! Trata de hacer práctica una reflexion tan importante.

2 Toma desde luego una viva y eficaz resolucion de tener siempre á Dios delante de los ojos en el buen uso de todos tus bienes y talentos. Si te hallas dedicado al sagrado ministerio, sea la gloria de Dios, la salvacion de las almas, y sobre todo, la tuya propia el principal motivo y como el primer móvil de todas tus funciones. Si estás dentro del mundo no uses de tus bienes á otro fin. Del buen uso de estos depende tu salvacion.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

SAN ZACARÍAS, profeta, el cual ya muy anciano habiendo vuelto de la Caldea, murió en su patria, y fué sepultado junto al profeta Ageeo. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN ONESÍFORO, en el Estrecho de Galipolis: fué discipulo de los Apóstoles, y hace mencion de él S. Pablo escribiendo á Timoteo (en su segunda carta, cap. 1.) Padeció martirio juntamente con SAN POR-

FIRIO, siendo cruelmente azotado por mandato del procónsul Adriano, y despues arrastrado por caballos feroces, en cuyo tormento entregó su alma á Dios.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FAUSTO, presbítero, MACARIO Y DIEZ COMPAÑEROS, en Alejandria; los cuales en tiempo del emperador Decio y del presidente Valerio, siendo degollados por confesar el nombre de Jesucristo, alcanzaron la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES CÓTIDO, diácono, EUGENIO Y SUS COMPAÑEROS, en Capadocia.

LOS SANTOS OBISPOS DONACIANO, PRESIDIO, MANSUETO, GERMAN Y FÚSCULO, en Africa; los cuales en la persecucion de los vándalos, por mandato del rey Hunerico arriano, porque defendian la verdad católica, fueron cruelmente azotados con manojos de varas, y despues desterrados: entre ellos tambien habia otro obispo llamado LETO, varon de grande ánimo y muy docto, el cual despues de una larga y asquerosa prision fué quemado vivo.

SAN PETRONIO, obispo y confesor, en Verona.

EL SIERVO DE DIOS SAN ELEUTERIO, abad, en Roma, del cual escribe S. Gregorio papa, que con sus oraciones y lágrimas resucitó un muerto. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ZACARÍAS, PROFETA.

ZACARÍAS, que quiere decir *memoria del Señor*, fué hijo de Barachías y nieto de Addo, vivió mucho tiempo en Babilonia, y en edad ya avanzada volvió á Jerusalem, donde en el segundo año y en el mes octavo de Darío comenzó á profetizar, dos meses despues que Aggeo, por lo cual el argumento de estos dos profetas es uno mismo, bien que el Espíritu Santo, que habia guiado á Aggeo á una simple y sumaria predicacion, quiso variar de estilo en Zacarías, manifestándole muchas visiones de un sentido muy alto y misterioso, que fuesen como otros tantos retratos de las doctrinas y profecias que debia proponer. Pero hay muchos lugares tan difíciles de entender, que S. Jerónimo al comenzar su comentario, dice que es el mas oscuro de los doce *Profetas menores*. Describe muy espresamente el nacimiento del Salvador, juntamente con su pasion y muerte: su reino y sacerdocio: la venida del Espíritu Santo: la virtud del Evangelio, y la vocacion de los gentiles: y la restauracion, justificacion y glorificacion eterna de su Iglesia. Algunos son de sentir que este Zacarías es el mismo de quien Jesucristo dijo que fué muerto entre el templo y el altar; aunque S. Jerónimo es de opinion contraria. Su libro contiene catorce capítulos, y la Iglesia católica usa de la profecia de Zacarías en las lecciones de los maitines de la feria sexta en la dominica quinta de noviembre.

SAN EUGENIO, OBISPO Y MÁRTIR.

DESPUES de la muerte de S. Deogracias, que sucedió en el año 457, estuvo sin obispo la Iglesia católica de Cartagena del Africa veinte y cuatro años, gimiendo los fieles bajo el insupportable yugo de los vándalos, implacables perseguidores, que juntaban á la condicion de bárbaros el espíritu de herejes. Sucedió en el año 476 ó 477 á su padre Genserico el rey Hunerico, hombre sumamente cruel y de una desenfrenada codicia, tal, que dió muerte á todos sus hermanos, para que en tiempo alguno pudiesen aspirar á aquel imperio. Afectó en los principios alguna moderacion para con los católicos, concediéndoles el libre uso de su religion; y condescendió, á ruegos del emperador Zenon, que se eligiese un obispo católico en Cartago, aunque con ciertas condiciones violentas que admitió el pueblo impaciente de verse sin pastor tantos años.

Fué elevado á aquella cátedra por universal consentimiento Eugenio, conocido por su eminente virtud y su gran sabiduria, cuya eleccion colmó tanto de gozo á todos los católicos, que parecia no sentir ya los males de la dominacion bárbara que sufrían tantos tiempos. La irreprochable conducta del santo pastor le atrajo bien presto la veneracion aun de aquellos que no eran de la comunión ortodoxa. Proporcionóle Dios medios de hacer tan crecidas limosnas, que no era posible comprender como podia sostenerlas en tiempo tan calamitoso, en que los bárbaros se habian apoderado de todas las rentas de la Iglesia; añadidas á esta admirable caridad su modestia, su humildad, su dulzura y su afabilidad, estaba edificado todo el pueblo al ver la singular piedad y escelentes virtudes que brillaban en Eugenio.

Como la conducta del santo pastor era en todo conforme con el espíritu del Evangelio, y se estendia su reputacion por todas partes, concibieron los arrianos tanta envidia, y con especialidad Cirila ó Cirola, que miraban como patriarca de su secta, que no hubo calumnia que no inventasen para hacerle odioso con el rey Hunerico, á quien persuadieron que era conveniente á la tranquilidad del pueblo y del estado el que Eugenio no predicase la palabra de Dios sentado en la silla episcopal, ni el que permitiese que entrasen en la iglesia hombres y mujeres vestidos á la vándala. Representó el Santo, luego que se le intimó el orden del rey conforme á las persuasiones de los herejes, que estando la casa de Dios abierta, no podia espeler

de ella á los que venian á orar y á instruirse en la doctrina cristiana, y mucho menos á los que vestian segun el uso de la nacion, siendo como eran vasallos del rey. Irritó á Hunerico aquella justa satisfaccion, de tal manera, que de su orden se pusieron ministros á la puerta del templo; los cuales prendian por la cabeza con garfios de hierro á los hombres y mujeres que con ropas vándalas veian acercarse al templo, cuya crueldad hizo perder la vida á muchos de ellos.

Estos fueron los principios de la horrible persecucion que aquel bárbaro príncipe suscitó poco despues contra la Iglesia católica, superior, si cabe, á las mas sangrientas de los paganos; en la que desterró de un golpe cerca de cinco mil personas, sin tener compasion de la edad, del sexo, del estado, ni aun de los enfermos, haciendo sufrir á todas las virgenes consagradas á Dios los mas crueles tormentos y vergonzosos insultos. No satisfecho su inhumano corazon con tan lastimoso estrago, buscó medio para extinguir de una vez el cuerpo místico de la Iglesia católica. Incitado por los arrianos, en el año séptimo de su reinado, hizo que se leyese en la iglesia de Cartago, donde celebraba Eugenio los misterios divinos, cierto edicto en que ordenaba se juntasen los obispos católicos con los arrianos en Cartago, para disputar sobre el punto de la controversia; con obligacion de probar los ortodoxos la espresion *Consustancial* por las santas Escrituras, bajo el conocimiento de que esta voz, ó la de *homousion*, no se hallaba literalmente en los libros sagrados, aunque sí muchas sentencias justificativas de su concepto. Resolvieron los prelados que Eugenio, como su cabeza, espusiera al rey lo que estimase conveniente, á fin de eludir el perverso designio que disfrazaba el decreto. Hizolo el Santo por medio de un escrito breve, pero portentoso, por el que representaba que los católicos ni temian, ni rehusaban la disputa; pero que era preciso participarla á los obispos ultramarinos, pues la causa era comun á toda la Iglesia, ó á lo menos se le permitiese consultar con la Silla apostólica, para que como cabeza y matriz de todo el orbe cristiano, los manifestase sus sentimientos acerca del artículo de la controversia. La razon secreta que tenia nuestro Santo para obrar de este modo, no era porque faltasen en el Africa obispos capaces de refutar las objeciones de los arrianos, sino poner el negocio en términos de hacer venir á Cartago otros prelados, que no sujetos á la dominacion de los vándalos, pudiesen hablar con mas libertad, y hacer saber á todo el mundo la opresion bajo la cual gemian en el Africa los católicos. Pero mal satisfecho Hunerico con la representacion de Eugenio, empleó

su indignacion en atormentar sin medida á los obispos mas sabios, desterrando á unos con privacion de todos los auxilios necesarios, y mandando quitar la vida á otros; todo con el fin de facilitar á los de su secta la victoria que se prometia en la disputa pública que tenia indicada.

En este tiempo obró el Santo el prodigio de dar vista á un ciego; y divulgado el milagro por toda la ciudad, mandó Hunerico prender al ciego para saber de él la verdad del suceso. Pero no pudiendo los arrianos eludir aquella maravilla, que por ser tan pública dió nuevo realce á la santidad de Eugenio, persuadieron al bárbaro príncipe que todo era una ilusion mágica del obispo de Cartago; por lo que montando en cólera, se inclinó á perderle como á un mago encantador, mientras los sectarios por otra parte buscaron medios de quitar la vida al ciego, por un motivo semejante al que tuvieron los judíos, cuando quisieron matar á Lázaro resucitado por Jesucristo.

Despues de estos sucesos llegó en fin el dia de la conferencia en el lugar que señalaron los arrianos. Los católicos por evitar todo tumulto y confusion eligieron diez de ellos, para que hablasen en nombre de todos. Sentóse Cirila, pretendido patriarca de los sectarios, escoltado de una multitud de satélites, en un trono eminente á presidir la asamblea, dando lugar con sus tropelías á que los demás se quejasen sobre querer tratarlos con espíritu de dominacion, y forzar la libertad que debe intervenir en los juicios. Las resultas de estos justos sentimientos, y de la representacion que Eugenio hizo, sobre que tratase el negocio tranquilamente sin los alborotos que ocasionaron los arrianos, no fueron otras que las de mandar Hunerico que se diesen cien palos á cada uno de los obispos católicos. Sufrieron aquellos prelados con heróica paciencia el infame castigo; pero ni esta desusada pena, ni otras mayores con que fueron conminados, les intimidó para dejar de querer que se terminase la controversia. Dijeron los arrianos á su patriarca que propusiese, y se escuchó con que no sabia la lengua latina, siendo así que jamás habia sabido otra; y viendo que los católicos estaban preparados para el combate mas de lo que creía, lo evitó por todas suertes de artificios.

Eugenio, que tenia previsto lo que sucederia, y que no estaba en disposicion el inicuo patriarca de entrar en disputa, por mas que presuntuosamente hiciese semblante de quererla, tenia dispuesta una confesion de fe que puso en sus manos. Aturdido este con los de su secta al oír leer un escrito que les imponia perpetuo silencio, á pesar de los gritos que les daba su concien-

cia, recurrieron al rey, y en calidad de queja le dijeron un millón de falsedades de los obispos católicos. No había esperado este príncipe las nuevas calumnias para determinarse sobre lo que tenía resuelto hacer contra la Iglesia. Tenía ya formado su cruel edicto, el que dirigió secretamente á diversas provincias, mientras los obispos estaban juntos en Cartago, mandando que en un mismo día se cerrasen todas las iglesias de los católicos, y que se estrajesen todos sus bienes. Y aunque quiso se suspendiese la ejecución hasta dar tiempo para que deliberasen los prelados sobre los ofrecimientos que les había hecho de conservarles en todos sus derechos, si abrazasen su secta; luego que supo lo ocurrido en el congreso, mandó que los obispos católicos que estaban en Cartago, fuesen despojados de todo cuanto tenían, y echados de la ciudad, con prohibición á toda clase de personas de asistirlos ó alimentarlos, bajo la pena al que tuviera esta compasión, de ser quemado en su habitación con toda su familia.

Como S. Eugenio era el principal jefe que sostenía la verdad católica, experimentó con mas rigor los efectos de la inicua providencia. Aunque algunos escritores señalan por causa de su destierro á Trípoli diversos motivos, otros creen que fué efecto de la conferencia particular que tuvo á presencia del rey con los arrianos, en la que les confundió prodigiosamente; y de un nuevo milagro con que descubrió el artificio de los herejes, que quisieron aparentar igual gracia que la del siervo de Dios. El hecho fué, que Cirila, patriarca de los sectarios, habiendo pagado á un hombre para que se hiciese el ciego, le instruyó en lo que debía hacer y decir, puesto en el sitio que le señaló para hacer público el suceso. Así concertado el fraude, acompañado Cirila de S. Eugenio y otros obispos, pasó como por acaso por el lugar donde estaba el fingido ciego, quien clamó al patriarca, ponderando su virtud, para que le restituyese la vista; y fingiendo Cirila compasión, le dijo: Para prueba de que la fe que profesamos es verdadera, tus ojos sean abiertos. Cuando esperaba el hereje los aplausos de su pretendida maravilla, permitió Dios para que se descubriese la impostura que aquel hombre quedase efectivamente ciego, quien acongojado de que así le castigaba por su engaño el cielo, pidió á Dios perdon, y refirió públicamente toda la ficción del arriano. Eugenio, que halló ocasión de desengañar con este motivo á los incrédulos, levantó su corazón á Dios, tocó los ojos de aquel miserable, hizo sobre ellos la señal de la cruz, y recuperó la vista al momento. Supo Hunerico todo el suceso; y en lugar de concebir una justa indig-

nación contra los impostores, decretó el destierro de S. Eugenio á los desiertos de Trípoli en las estremidades de la provincia Vizanzana.

Aunque los obispos arrianos se ensangrentaban contra los católicos, ninguno de ellos era mas violento que Antonio, obispo de Tamala, ciudad inmediata al desierto donde estaba Eugenio. Era aquel un conocido delincuente, manchado con una multitud de crímenes detestables. Como era público su furor contra los católicos, le cometió Hunerico la guardia del santo obispo, y adelantándose á mas de lo que se le había ordenado, encerró á Eugenio en una prisión horrenda; pero no osando á tener sus manos en la sangre del inocente, trató de darle muerte lenta á fuerza de malos tratamientos y toda suerte de penalidades. En medio de tan infeliz suerte, olvidado el santo prelado de sus propios males, lloraba los que padecía su rebaño, y demás católicos del Africa. Además de las lágrimas que derramaba, afligía su delicado cuerpo, atenuado con los trabajos y la vejez, con un áspero cilicio de que se hallaba cubierto, durmiendo sobre el desnudo suelo. Este tenor de vida verdaderamente austera y penitente, acompañado de las incomodidades que padecía en el calabozo, le hizo caer en una parálisis que le puso en los umbrales de la muerte. Oyó Antonio la novedad con mucho gozo, y pasó á visitarle para recrear sus ojos en el espectáculo de dolores á que estaba reducido el venerable prisionero; y para acelerar su muerte hizo traer el vinagre mas fuerte que se pudiera hallar, del que mandó llenarle la boca por fuerza; pero Dios permitió que lo que debía acelerar los días de su vida, sirviese del mas eficaz remedio para que recuperase la salud.

Hunerico, consumido de pena por no haber podido ver la ruina de la Iglesia católica á pesar de los crueles medios y diversidad de arbitrios que había tomado por la consecución de este perverso intento, consternado de ver al Africa desolada por una horrible hambre que causaba la muerte de millares de vándalos, murió infelizmente en el 13 de diciembre de 484, comidas de gusanos todas las partes de su cuerpo, en los trasportes de un frenesí espantoso que le hizo arrojar las entrañas por la boca. Sucedió á este tirano su sobrino Gustabondo ó Gundesbondo, quien dejando resfriar la persecución insensiblemente, dió lugar á Eugenio para que volviese á su iglesia, donde el dignísimo prelado se esmeró con infatigable zelo en reparar las ruinas que los enemigos habían causado en su rebaño todo el tiempo de su destierro. Y tuvo la felicidad de hallar en el papa Felix un escelente cooperador, que le envió diferentes favorables espedientes

para recibir á penitencia á los que habian caído durante la persecucion, despues de deliberado el asunto en el concilio que celebró en Roma en el año 488. Aunque Gustabondo tuvo una grande consideracion á las virtudes de Eugenio, mayor de lo que se podia esperar de un príncipe arriano, manifestando en no pocas ocasiones, que por respeto á tan eminente obispo no estaba distante de favorecer á los prelados católicos, á quienes con efecto restituyó á sus iglesias del destierro en que se hallaban; con todo no le dejaban á Eugenio gozar paz en medio de su grey los herejes arrianos, haciendo los mas fuertes esfuerzos para malquistarle con el rey; lo que motivó decir el papa Gelasio á los obispos de Dardania que el santo prelado padecia actualmente una especie de persecucion de los herejes en el reinado de Gustabondo, que era en el tiempo de su pontificado.

Parecia prometerse la Iglesia del Africa una paz sólida en el reinado de Gustabondo, cuando fué arrebatado del mundo en el año 495, dejando por sucesor de la corona á su hermano Transamundo. Este nuevo rey de espíritu mas ligero y menos correcto que su antecesor, dominado de los prelados de su secta, volvió á abismar á la Iglesia católica en las mismas aflicciones que le habia causado su tio Hunerico. Por esta causa no pudo permanecer el Santo mucho tiempo en la silla de Cartago despues de la elevacion de aquel príncipe; que no pudiendo resistir las sugestiones de los herejes, le hizo salir desterrado de todos sus dominios; con cuyo motivo se retiró Eugenio á Albi, ciudad de Aquitania en los confines de la Galla Narbonense, donde encontró bastante quietud para esmerarse su zelo en la ereccion de un monasterio en la ciudad de Vians, en el que formó discipulos imitadores de sus virtudes. Allí vivió algun tiempo, hasta que consumido de trabajos y del rigor de sus penitencias, murió con la muerte de los santos en el dia 6 de setiembre del año 505. Su venerable cuerpo fué sepultado en el mismo lugar cerca del túmulo de S. Amarand mártir, donde permaneció hasta el año 1404, en el que Luis de Ambosse, obispo de Albi, lo trasladó con las reliquias de otros santos á la catedral de Santa Cecilia, donde se le tributa la veneracion correspondiente.

Genario Marsella ha puesto á nuestro Santo en el orden de los escritores eclesiásticos, cuyos escritos le han dado á merecer esta graduacion, pues son verdaderamente monumentos inmortales de su gran sabiduria, de su pureza, de su fe y de su zelo apostólico. Los cuales son una esposicion de la fe católica, que contiene todo el tercer libro de la historia que S. Victor de Vite compuso de la persecucion de los vándalos: un apologetico en

defensa de la misma fe: una carta pastoral que escribió á su pueblo al partir para su primer destierro, que nos ha conservado S. Gregorio de Tours en la historia de Francia: un tratado historial y dogmático, bajo el título de altercacion con los arrianos: un discurso al rey Hunerico, de que hace mencion el mismo Victor de Vite, impreso en Paris en 1693, á espensas del P. D. Thiers Ruinart, de la congregacion de S. Mauro.

SAN ELEUTERIO, ABAD.

SAN Eleuterio, padre del monasterio de San Marcos evangelista, en la ciudad de Espoleto, fué de tanta virtud, que con sus oraciones resucitó un muerto. Cierta dia, caminando, no tuvo donde recogerse, sino es en un monasterio de religiosas que habia en aquel paraje. Estas siervas de Dios tenian un niño, á quien todas las noches atormentaba el demonio, apoderándose de él. Pidieron al Santo, permitiese que aquel niño durmiese con él aquella noche, sin decirle por qué. Concediólo el bendito padre, y por la mañana le preguntaron: Cómo le habia ido con el huésped? El Santo respondió, que muy bien: y como entendiesen que por su virtud el demonio no se habia atrevido aquella noche al muchacho, le pidieron se le llevase en su compañía, refiriéndole lo que pasaba. Llévose consigo á su monasterio, y nunca mas el demonio se atrevió á inquietar aquella criatura. Pasaron muchos dias, y gozoso el santo abad de ver tan sano y bueno y libre del demonio aquel muchacho, lleno de alegría dijo un dia á sus monges: El diablo se burlaba de aquellas santas religiosas, y así atormentaba á este niño; pero ahora no se atreve. Aunque dijo con sinceridad estas palabras, no dejó de deslizarse algo en la vanagloria de tan gran milagro: lo cual conoció al instante por los efectos, pues al mismo punto se apoderó el demonio del muchacho, y comenzó de nuevo á atormentarle. Reconoció el Santo su culpa, aunque fué tan ligera, que casi era dudoso que la hubiese cometido: lloróla amargamente, y pidió á los monges todos se pusiesen en oracion, protestando, fiado en la divina misericordia, que ni él ni otro alguno de ellos habia de probar bocado de pan hasta tanto que aquel niño estuviese bueno y libre del demonio. Y como la oracion de muchos vale mucho con Dios, al fin alcanzaron el perdon de aquella ligera culpa de vanagloria que el santo abad habia cometido, y juntamente la salud del niño, tan cúplidamente, que nunca jamás se atrevió el demonio entrar en él.

Al fin lleno de dias y virtudes, dió su santísima alma á Dios

tal dia como hoy por los años del Señor de 580. Escribió su vida el glorioso y magno pontífice S. Gregorio, *cap. 33, lib. 3 de sus Diálogos.*

La misa es de la octava de la Santísima Virgen, y la oracion la que se sigue:

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en la devota solemnidad de tu obispo y mártir S. Eugenio, aumentes en nosotros el espíritu de la piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 de la segunda del apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: La caridad de Cristo nos estimula á juzgar esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron, y el que murió por todos es Cristo: para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que por ellos murió, y resucitó. Y así, por esto nosotros no hemos conocido á ninguno segun la carne; pues aunque segun ella conocimos á Cristo; pero ya ahora no conocemos *de este modo.*

REFLEXIONES.

Que toda la tierra esté regada con la sangre de Jesucristo, efecto es de su ardiente caridad; pero decidme, ministros del Evangelio, que toda la tierra esté cubierta de pecadores, ¿no lo imputará el Salvador á la frialdad de la vuestra? Vino á pegar su divino fuego á toda la tierra; no desea otra cosa sino que se encienda: ¿á quién atribuirá que no prenda este celestial fuego, por falta de quien le sople y le avive? Para interesarse con ardor y con verdadero zelo en la salvacion de los prójimos, es menester persuadirse, y pensar, con el apóstol S. Pablo, que de tantas almas como corren ciegas á la perdicion, ni una sola hay á quien Dios no quiera sinceramente salvar. Limitar al corto número de los escogidos el beneficio de la redencion, es privar á los ministros zelosos de aquella confianza que los sostiene, cuando aseguran que no trabajan en balde, ni á lo que saliere, sino arreglándose á la intencion y á la voluntad de Jesucristo. Ninguna cosa acobardaria, estinguiria más aquel su abrasado zelo, que este funesto, este pernicioso error. ¿A qué fin atravesar tantos mares, consumirse vanamente en inútiles trabajos,

para hacer entrar en el redil un casi infinito número de gentes, que ni oyeron la voz del Pastor, ni fueron jamás, ni jamás podrán tampoco ser ovejas de su rebaño? ¿Qué consideracion podrá animar este zelo, una vez que se dé lugar á la herética opinion de que hay en el mundo una inmensa multitud de almas, por las cuales no murió Jesucristo? ¿Ni quién podrá escitar, fomentar y mantener en los mismos fieles la debida confianza, una vez que estén persuadidos á que por mas que hagan, ni tuvieron, ni ya pueden tener parte en los méritos y en la muerte del Salvador? No hay herejía mas propia para introducir en el mundo la corrupcion de las costumbres. La duda sola de si Jesucristo murió por todos los hombres quita el aliento á los pecadores, y apaga la confianza á los justos. ¿Para qué será mortificarme, ni estarme haciendo toda la vida una cruel y penosísima violencia? Si Dios no murió por mí, todos mis esfuerzos y todas mis victorias son inútiles; el mortificarme es perder tiempo. Y si este divino Salvador se dignó morir por la salvacion de mi alma, aunque perseverare hasta la muerte en los mayores desórdenes, ninguno me quitará morir con la muerte de los Santos. ¿Puede imaginarse error mas pernicioso? Así, pues, no hay hereje de esta especie que no tenga costumbres muy estragadas, bajo la máscara de una aparente piedad. ¡Oh Señor! ¡y qué poco conocidas son las consecuencias de vuestra preciosísima muerte! A quien no las penetra, fácil cosa es decir que no pedis tan alta perfeccion á todos aquellos á quienes queréis salvar. Pero el que considera, que habiendo muerto por todos los hombres, á todos los impusisteis la estrecha obligacion de vivir única y precisamente para vos, de arreglar su vida á los preceptos y á las máximas del Evangelio, con dificultad descubre qué temperamento se podrá aplicar á la vida mas austera, ni qué diferencia puede haber entre una vida, que enteramente debe estar consagrada á Dios, y en una total abnegacion. Ni hay que decir, que no se descubre culpa, ni cosa que parezca reprehensible en el apego que se conserva á ciertos objetos; en oliendo este apego á cosa de la carne, y en siendo segun su inclinacion y sus deseos, ya no se puede componer con un estado, en que solo nos debe ocupar lo que se refiere á Dios. Ahora juzga tú si el espíritu y las máximas del mundo pueden convenir á unos hombres que están indispensablemente obligados á vivir segun el espíritu y las máximas de Jesucristo.

El Evangelio es del cap. 11 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo animaba á sus discipulos al cumplimiento de su santa ley, les dijo: Venid á mi todos los que trabajais, y estais oprimidos, que yo os aliviare. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontraréis descanso para vuestras almas. Mi yugo, pues, es suave, y mi carga ligera.

MEDITACION.

De la vida del siglo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la vida del siglo es una vida tumultuosa, poco cristiana, llena de inquietudes, de disgustos, y siempre acompañada de crueles remordimientos. Por mas que los mundanos se esfuerzan á hacernos las mas risueñas pinturas de ella, por mas que nos la pinten con términos pomposos y falaces, por mas brillantes que sean los colores con que intentan retratarla; ni su simulacion, ni sus artificios alteran un punto la naturaleza del estado. Con todas esas afeitadas mascarillas, con todas esas floridas esterioridades, con todas esas risueñas apariencias, la vida del siglo es una dura esclavitud, es la region de los trabajos y de los lamentos. Aquellos mismos que mas claman contra esta verdad experimental, esos son los que interiormente la conocen y la palpan mejor que todos los otros. Mientras descaradamente afectan cierto aire artificioso de libertad, al mismo tiempo que ponderan tanto sus diversiones y sus gustos, cuando están haciendo ostencion de su quimérica felicidad, allá dentro de su corazon están confesando, que ni hay, ni hubo jamás condicion mas esclava, mas penosa, ni mas infeliz que la suya. ¿Qué opresion mas molesta, buen Dios, que aquella con que se vive en el siglo? Es preciso sufrir á unos, contemplar á otros, y depender de todos. No se ignoran las mañosas artes de un concurrente, la mala voluntad de un enemigo oculto, los lazos y los artificios de la emulacion; con todo eso es menester disimularlo todo, tragarlo todo sin descuidarse en que salga á lo exterior la menor señal de desconfianza. Es menester estar siempre muy sobre aviso, al mismo tiempo que hácia fuera se hacen las mas vivas, pero las mas engañosas espresiones de amistad, las que en suma no son otra cosa que un mero cumplimiento; porque no hay que buscar en el mundo amistad sincera y verda-

dera. En él todo se gobierna á gusto de las pasiones, las cuales dominan como tiranas, y su tiranía es servilmente aplaudida. ¡Ah mi Dios! ¿cuando hubo violencia mas universal, esclavitud mas insufrible, vida mas abundante de disgustos y de amarguras? ¿Qué dia amanece sereno en esa vida mundana? ¿qué dia sin turbacion, sin borrasca, sin algun accidente enfadoso y desgraciado? Representase la vida arreglada como una vida que causa horror; créese que el claustro es una honrada, pero espantosa prision; considérase el estado religioso como el de una esclavitud. ¡Ah! que los seglares en solo un mes tienen que hacerse mas violencia, tienen que padecer mas enfados, tienen que tragar mas pesadumbres, tienen que sufrir menos libertad, y tienen que vencerse mas que los mas austeros, y los mas estrechos religiosos en el largo espacio de la vida. Hasta las diversiones de los seglares están llenas de amarguras. Mucho tumulto y mucho ruido en todas ellas; ¿pero cuando hubo nunca ni una sola, dulce, sosegada y tranquila? ¿A qué partida de diversion, de juego, de convite, y de fiesta mundana no se siguieron siempre disgustos y desazones? No siempre es el gusto lo que mas se siente. La envidia, la murmuracion, la ingratitud, y otros mil sentimientos suelen ser el fruto de estas locas aventuras. ¡Ah Señor! no hay suerte mas infeliz, que la de aquellos que sirven á otro dueño que á solo vos.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que entre todos los que hacen una vida verdaderamente mundana, ni uno solo hay que no pueda decir, y que no diga efectivamente: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.* Toda la noche estuvimos remando y trabajando, y al cabo nada cogimos. Esta es, en una palabra, la vida del mundo. Noche sombría y oscura, vida que toda se pasa en lóbregas tinieblas, por la falta de fe y de consideracion de las verdades eternas, por el embarazo y tumulto de los negocios que sofocan el espíritu, por el ardor de las pasiones, que no solo debilitan las máximas de la religion, sino aun las mismas luces de la razon natural; y en fin, por un amor impetuoso y ciego á las cosas sensibles, á los deleites, y á todo lo que halaga y lisonjea á los sentidos. De aquí nace aquella insensibilidad, y aun aquel tedio con que se mira todo lo que toca á la religion; aquella lastimosa ceguera, que es casi comun á la mayor parte de los que traen una vida tan poco cristiana: *non est qui recogitet corde.* Compadecemos de todos los que pasan sus dias en tan espesas tinieblas, y rindamos gracias á la misericordia del Señor, porque se dignó sacarnos de ellas. Pero estas ti-

nieblas no son tranquilas ni descansadas: *laborantes*: se trabaja, se padece, se fatiga, se gasta la salud y la vida, se está uno haciéndose á sí mismo continua violencia; ¿y todo para qué? para nada; para hallarse al cabo con las manos vacías: *nihil cepimus*. Nada para el cielo y para la eternidad; porque ¿de qué sirven para la otra vida todos esos trabajos emprendidos y devorados en servicio del mundo, y con el espíritu del mismo mundo? ¿de qué sirven esas eternas inquietudes, esos zelos devoradores, todos esos disgustos, único salario de un amo ingrato, duro y cruel? ¿ni de qué sirven tampoco esos estériles enfados, y aun arrepentimientos, frutos naturales de una vida mundana? De buena fe, aquellos que viven segun las máximas y el espíritu del mundo, ¿creen seriamente que tienen una vida cristiana? ¿Y no sería burlarse de la religion si se creyese que para ser cristiano bastaba tener la fe del bautismo? Pero muchas veces, ¿y qué otra cosa mas tienen de cristianos esos enemigos de las máximas y del espíritu de Jesucristo? ¿esos hombres que huyen de los sacramentos, y no tienen mas parte en el convite del Señor que cuando, casi á su pesar, los llevan el Viático? ¿se puede decir que es cristiano, el que solamente lo es cuando recibe el bautismo, y solamente lo parece poco antes de morir? Pues tal es la vida de la mayor parte de los hombres del siglo. Pocos de ellos harán esta meditacion; mas no por eso es menos lastimosa su conducta, porque no por eso es menos culpable. Los que la hicieren no podrán menos de confesar, ó á lo menos de conocer la solidez y la verdad de todas estas reflexiones. Dichosos de ellos si se quisieren rendir á las saludables sollicitaciones de la gracia.

JACULATORIAS. — Sí, mi Dios, todos sabemos que somos hijos vuestros, y no ignoramos tampoco que el espíritu maligno se ha apoderado de todo el mundo. (*Joan. 5.*)

Sí, mi Dios y mi Señor, en el mundo no encontré mas que maldades y contradicciones; y sobre eso muchos trabajos, muchas fatigas y muchos pecados. (*Psalm. 54.*)

PROPOSITOS.

1 El espíritu del mundo en todo se introduce, y donde está introducido reina la iniquidad, la turbacion y la afliccion de espíritu. Aun esos lugares santos, desviados del tumulto, que eran hasta aquí el asilo de la tranquilidad y de la inocencia, los ha forzado, por decirlo así, este enemigo de la salvacion. Pe-

netró el contagio hasta los claustros religiosos; y con él penetraron tambien aquellos desórdenes, que se creia no poderse encontrar sino en el siglo. El espíritu de ociosidad, de tibiaza, de inmortificacion, de relajacion, de delicadeza y de regalo se insinuó hasta en el mismo desierto: mézclase alguna vez el demonio entre los mismos hijos de Dios, y de aquí nacen aquellos tristes ejemplos. Examinate hoy si acaso estás tocado de este contagioso mal: mira si te anima el espíritu de observancia, de mortificacion y de devocion. En caso de encontrar alguna relajacion en tu conducta, alguna alteracion en tus antiguas máximas, algun desmayo, tibiaza, ó disgusto en tu corazon, acude sin dilacion al remedio, y destierra de tu corazon y de tu espíritu todo lo que tenga el carácter de espíritu maligno, volviendo á una vida fervorosa, mortificada, observante, y enteramente opuesta á la vida del mundo.

2 En todas tus empresas, en todo tu proceder y en todas tus acciones examina bien el espíritu que las anima: presto te le descubrirán tus mismas obras y tus propias máximas. Mira con horror la profanidad, la glotoneria, las diversiones puramente mundanas, el juego, los espectáculos, y todo lo que caracteriza á los hombres del mundo. Sé cristiano hasta en las diversiones; y en todo sea la piedad, la modestia y la mortificacion tu verdadero carácter.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

EL GLORIOSO TRÁNSITO DE SAN JUAN, mártir, en Nicomedia; el cual viendo los crueles edictos que estaban fijados en la plaza contra los cristianos, ardiendo en zelo de la fe los quitó, y los hizo pedazos; y habiendo llegado la noticia de este hecho á los emperadores Diocleciano y Maximiano, que á la sazón se hallaban en aquella ciudad, lo mandaron atormentar con todo género de castigos; los cuales sufrió el glorioso varon con tanta alegría, que ni en la cara ni en el ánimo se le notó la mas leve señal de tristeza.

SAN EUPSICHO, mártir, en Cesarea de Capadocia; el cual en tiempo del emperador Adriano siendo acusado de que era cristiano, fué llevado á la cárcel; poco despues le dieron libertad, y vendió su patrimonio, repartiendo una parte del precio á los pobres, y la otra á los que le habian acusado como á sus bienhechores; pero habiéndolo vuelto á prender, por sentencia del juez Sapricio fué descarnado y atravesado con una espada, y de esta suerte alcanzó la palma del martirio.